

Hace tiempo leí que la vida no solo se construye de grandes vivencias y acontecimientos. Del mismo modo que no se puede ignorar la presencia de los pequeños islotes de un mapamundi, también los más insignificantes episodios acaban dejando un impacto emocional sobre nuestra cartografía vital. Navegamos entre experiencias intensas y otras que aparentemente no lo son tanto. Y formando parte del atrezzo de esos instantes, objetos sin importancia que adquieren la condición de inolvidables por su poderosa capacidad de evocación: el primer balón que nos regalaron, la carta de un amor de juventud que conservamos, el libro que sigue cumpliendo años junto a nosotros... Y, en mi caso, el recuerdo de la imagen de algo tan intrascendente como un lápiz.

Mi padre era ebanista, y yo un niño que observaba embelesado cómo era posible que aquel bastoncillo de madera pudiera mantenerse en equilibrio sobre el barranco de su oreja. Aquel fenómeno me parecía cosa de magia. Y, al mismo tiempo, me transmitía una seguridad que me acompañó durante toda mi infancia. ¿Qué mejor refugio, ante los obstáculos de la vida, que la sombra protectora de alguien capaz de hacer gala de aquella habilidad extraordinaria? Desde entonces, la mera presencia de un lápiz se convierte en el interruptor que activa la evocación de un tiempo en el que nada podía dañarme.

Un lápiz, con su aparente inocencia, volvió a cruzarse en mi vida, de forma arrolladora, algunos años después. Fue al comienzo de esa decisiva etapa antes llamada B.U.P., momento de cambios trascendentales y de exploración de nuevos territorios. Un nuevo edificio, nuevos compañeros, una nueva aula, cambios internos, la edad en la que apenas somos unos garabatos en búsqueda del dibujo definitivo... Fui asignado a la clase de 1º5º, y en el umbral que la separaba del pasillo quedó aparcada mi infancia. Allí adentro, caras de incertidumbre y de esperanza ante los años que vendrían por

delante. Y también allí, para recibirnos, una tutora, Carmen Dulanto, con su aspecto rebelde y reivindicativo, y un aura de guía en el laberinto de la adolescencia. La descarga fue inmediata, y no necesité más que un par de clases para comprobar que su energía, convicción y capacidad de liderazgo era el hilo de Ariadna al que nos debíamos aferrar para sobrevivir ante el oleaje de la nueva etapa.

Solo compartí un año con la Dulanto, como la llamábamos. A pesar de ello, fue una de las profesoras (perdón, 'maestras') de quien conservo un recuerdo más vivo e intenso de las de aquella época. Comprendí, siendo su alumno, que para ella éramos algo más que simples recipientes sobre los que abocar la carga de contenidos que un programa de estudios ordenaba. Para ella, o así lo percibí yo durante aquel intenso año, lo que había en aquellos pupitres eran proyectos de persona sobre los que además de conocimientos era imprescindible proporcionar las herramientas necesarias para desenvolverse en el mundo con espíritu crítico. Para ella, siempre lo he pensado, más que alumnos a evaluar éramos proyectos de persona a los que orientar y estimular.

Aquel año, ya lo he dicho, fue de absoluta transformación. No volví a coincidir con ella en ningún curso más. Mi tendencia hacia las ciencias (aunque, ironías del destino, acabé haciendo la carrera de Historia del Arte y actualmente trabajo en una biblioteca) hizo que me alejara de sus clases. Pero durante toda aquella etapa el contacto con ella significó un aprendizaje continuo desde un punto de vista de crecimiento personal. Es curioso, pero lo que más recuerdo de ella no son las cuestiones de tipo académico que aprendí, sino la fuerza que nos transmitió y la insistencia en la necesidad de tener opinión propia, capacidad crítica, desconfiar de todo lo que no estuviera argumentado, de no dejarnos convencer ni manipular por nada ni por nadie, y a cultivar y conservar en la vida el punto de rebeldía necesario para protegernos de los intentos de dominación.

Desde entonces, cada vez que recuerdo la frase de Moliere (“no estoy de acuerdo con usted, pero daría la vida para que pudiera dar su opinión”) me acuerdo de ella.

Pero no solo me acuerdo de ella cuando Moliere se cruza en mi vida. La recuerdo mucho más a menudo. En concreto, cada vez que veo... un lápiz. Y eso, como es de suponer, sucede con bastante frecuencia. La culpa de todo la tiene un episodio que viví entre las paredes de aquel aula con el que comenzaba mi vida de estudiante de bachillerato. Eran años de clases masificadas, y debíamos ser unos 36 alumnos sentados por parejas en viejos pupitres de madera. Dice mi memoria que ocupaba uno de los asientos de la parte posterior de aquella clase rectangular. A un lado, una pared con una especie de armarios cuya función no recuerdo. En el lado opuesto, la hilera de ventanas que daba al patio. Al frente, la pizarra con la mesa del docente.

Un día, antes de comenzar una de sus clases, la Dulanto trajo uno de esos lápices de minas recargables, lo alzó para que todos pudiéramos verlo y dijo que haría un sorteo para regalárselo a alguien. Ella pensaría un número (del 1 al 40, por ejemplo) y quien lo acertara se llevaría tan preciado trofeo. Visto con ojos materialistas, no era un gran premio, la verdad. Visto con los ojos de aquel momento, era una recompensa que todos queríamos obtener. Y visto con los ojos de los años transcurridos, aquel episodio escondía una metafórica enseñanza vital.

Ver a la Dulanto mientras avanzaba entre pupitres, preguntando números, armada con el lápiz en la mano era una imagen de gran fuerza: una maestra con su herramienta, una guerrera con una espada.

- ¡Quince!

- No

- ¡Veintiocho!

- No

- ¡Dos!

- No

De la esperanza al decir un número se pasaba a la desilusión por la falta de acierto. Ella, lápiz en ristre, avanzaba con su habitual seguridad esperando que alguien dijera el número mágico. Estampa quijotesca de quien no temía a enfrentarse a gigantes. Terminado el primer pasillo comenzó su recorrido por el segundo.

- ¡Nueve!

- No

- ¡Treinta y dos!

- No

- ¡Trece!

- No

La incertidumbre se mantenía. La decepción de unos alimentaba la esperanza de otros. Y ella continuaba seria, avanzando pupitre a pupitre, incansable, esperando a que alguien dijera la contraseña mágica que desvelaría al nuevo propietario de aquel objeto. Descubrí allí mi primera representación gráfica del tópico: inasequible al desaliento. De algún modo, aquella escena tenía un algo simbólico. Persistencia, constancia, perseverancia y determinación. Enseñanzas para la vida cuyo significado comenzaban a intuir adolescentes de apenas catorce años.

- ¡Tres!

- No

- ¡Catorce!

- No

- ¡Dos!

- No

- ¡Nueve!

- No

Encaré el último pasillo, y el poderoso influjo de su personalidad comenzó a adquirir una nueva dimensión. La distancia entre la tarima del profesor y el pupitre del alumno es una frontera que no ayuda a profundizar en las personas. Carmen Dulanto, en las distancias cortas, desprendía una especie de energía gravitatoria que te atrapaba. Faltaban tres o cuatro pupitres para alcanzar el lugar en el que yo me encontraba y sus ojos se cruzaron con los míos fugazmente. "No os estoy pidiendo un número", leí que decía aquella mirada. "Os pido convicción. Os pido firmeza y determinación. Os estoy pidiendo que queráis este lápiz". Aquello es lo que interpreté que decía su mirada. Y antes de que llegara a mi pupitre me levanté y le dije: "No hace falta que siga preguntando. El número es el 21. Ese lápiz es para mí".

A ella le brillaron los ojos cuando oyó aquello, y acercando aquel objeto con delicadeza me lo ofreció como si de una frágil flor o, mejor aún, de una poderosa varita mágica se tratase. Me dirigió una sonrisa, dio media vuelta y regresó a su mesa. Una vez allí, dijo: "Lo ha conseguido quien lo ha querido. Durante vuestras vidas os encontraréis ante muchos momentos como este. Cuando eso ocurra, recordad este lápiz".

Hay una escena de la película "*Blade Runner*" en la que el replicante Roy Batty visita a su creador, el rey de la biotecnología. Su intención es que lo ayude a prolongar su vida. El científico le responde que eso no es posible, y que no olvide que las estrellas que brillan con el doble de intensidad lo hacen durante la mitad de tiempo. Mi tiempo con Carmen Dulanto fue breve, apenas un año, pero lo suficientemente intenso como para brillar con la fuerza de una estrella.

Gracias por aquel tiempo, Carmen. Sigo recordando aquel lápiz a menudo.

Alfonso Morillas.